

PINOCHO

AÑO. III
NUM. 136

25 cts

25. SEPTIEMBRE
1927



-¿NO ME OYES, CAÑAMÓN? ¿PARA QUÈ QUIERES LAS OREJAS?

-PARA QUE NO SE ME META EL SOMBRERO HASTA LAS NARICES.

PINOCHO



SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EN LA PAMPA ARGENTINA

CUENTO POR EMILIO SALGAR

(Continuación.)

—Si saliésemos en su busca y le hiciésemos prisionero.

—Lo intentaremos, Carlos.

Como era cerca de la puesta de sol, resolvieron bajar al río al día siguiente.

Aquella noche no durmieron.

El miedo de ser sorprendidos les tuvo desvelados a los dos, y Carlos, más inquieto todavía, se levantó varias veces para ver si los temibles enemigos se presentaban.

La noche, contra sus previsiones, transcurrió tranquila. Ni un solo indio apareció en la ilimitada llanura. Al día siguiente, padre e hijo, después de haber recomendado a los dos chicos más jóvenes que no se alejasen de la granja y velasen por su madre, se dirigieron hacia el río con la secreta esperanza de encontrar el indio.

La mañana era hermosísima. El sol brillaba soberbiamente y una fresca brisa soplaba de la larga cadena de la cordillera, haciendo doblar las altas hierbas y susurrar los trigos, ya maduros.

Numerosas bandadas de pájaros volaban por la llanura, gorjeando, y los avestruces huían desordenadamente junto a no pocas llamas. Tomás y el joven cazador, después de haber dado una vuelta a sus tierras por miedo de que algún indio se encontrase en las cercanías, dirigiéronse hacia el río.

—Llévame al sitio en donde viste al indio —dijo el padre a Carlos.

—Me acuerdo perfectamente del lugar —contestó éste—. Estaba escondido entre unos zarzales.

A la media hora llegaron a la orilla del río, que era un curso de agua poco ancho, pero, en cambio, muy profundo.

Tomás y su hijo, armados de fusiles, ocultáronse entre las plantas, avanzando con precaución y sin hacer ruido, temiendo caer en una emboscada.

Carlos condujo a su padre hacia una maleza y le hizo observar las huellas dejadas en el terreno húmedo.

—Son de pies descalzos —le dijo—. ¿Los ves?

—Sí, Carlos —contestó el colono.

—Aquí hay otras huellas.

—Las veo —contestó Tomás, cuyas preocupaciones aumentaban—. Registremos esta espesura.



Habíanse internado por entre unos zarzales que en aquel sitio eran muy espesos, procediendo siempre con la mayor cautela y deteniéndose de cuando en cuando para escuchar.

De pronto oyeron un relincho que salía de una maleza más espesa que las otras.

Los dos se habían parado, preparando los fusiles, no estando seguros de si se trataba de un caballo salvaje, animales muy numerosos hasta hoy en día en la pampa patagónica.

De pronto oyeron agudos silbidos y enseguida sintieron caérseles encima unas cuerdas, que aprisionaron fuertemente sus brazos.

Eran unos lazos manejados por manos invisibles, con la habilidad propia de los indios.

Los dos lazos les había aprisionado tan bien,

que no pudieron hacer uso de los fusiles.

No se habían repuesto todavía de su estupor, cuando se sintieron echados al suelo y arrastrados vertiginosamente por entre la maleza. Delante de ellos galopaban dos indios de elevada estatura, casi desnudos, con la cabeza adornada con plumas de papagayo y la piel pintada de azul y blanco.

Aquella carrera duró unos cuantos minutos; después, los dos indios detuvieron los caballos, y manteniendo siempre los lazos tirantes, acercáronse a Tomás y a Carlos, empuñando sus largas lanzas.

—Si os movéis, os matamos —les dijeron en mal español, lengua que los dos colonos empezaban ya a comprender.



Aquella amenaza era bien inútil, porque los dos pobres colonos habían perdido los fusiles y se encontraban entontecidos por aquella desenfundada carrera.

Casi en seguida otros cuatro indios, montados en espléndidos caballos salvajes de largas crines, habíanse presentados, rodeando a los dos prisioneros.

—Por lo menos, dejad con vida a mi hijo —dijo Tomás, que se creía perdido.

Los indios habían echado pie a tierra, y con unas cuerdas ataron fuertemente a los dos prisioneros; después, uno de ellos, el más viejo, de feísimo hocico y feroz aspecto, les dijo:

—Os llevaremos a nuestra tribu. Tenemos necesidad de esclavos y sois bastante robustos para moler el mijo para el jefe.

Echáronlos encima de un robusto caballo, atándolos a la silla como si fueran sacos de harina, y en seguida pusieron en marcha hacia el sur.

Viendo la dirección que tomaban, Tomás lanzó un largo suspiro de alivio.

—No se atreven a atacar la granja —dijo a Carlos—. Quizá creen que hay más defensores de los que existen realmente. Si no nos matan, ya pensaremos más tarde en escapar. Si nos preguntan cuánta gente hay en la granja, exageraremos el número. Por lo menos, tratemos de salvar a los de casa.

—¡Pobre madre mía! —suspiró Carlos—. ¿Qué dirá viendo que no volvemos?

Se imaginará lo que nos ha sucedido y hará todo lo posible por libertarnos. Tu madre es una mujer enérgica y pedirá ayuda al rico argentino.

Aquella marcha a través de ilimitada pradera duró hasta la puesta del sol; después los indios llegaron a un poblado constituido por unas cuarenta tiendas de piel, una *baldería*, como llaman a aquella clase de campamentos.

Carlos y su padre fueron libertados de una parte de sus ligaduras y llevados a una tienda vieja, delante de la que habían puesto como centinelas cuatro guerreros provistos de lanzas y cuchillos.

Nadie se había preocupado de darles de comer; pero los dos infelices prisioneros estaban tan angustiados que no sentían necesidad de ello.

Al día siguiente entró en la tienda un indio, llevando en la mano un hierro afiladísimo y una cajita.

Era el más feo que hasta entonces habían visto.

Tenía el rostro tatuado, el pecho pintado de mil colores diversos y llevaba sobre los hombros una capa de piel de llama, adornada de sapos secos, dientes de jaguar, pieles de serpientes y piedrecitas verdes.

Debía ser el brujo de la tribu.

—¿Vendrá a matarnos, padre? —preguntó Carlos aterrorizado.

—No lo creo —contestó Tomás, esforzándose por mostrarse tranquilo.

El brujo les descalzó, y después con aquel hierro afilado les hizo en las plantas de los pies dos incisiones cruzadas, pero sin llegar a la carne, y les puso encima una especie de pomada tomada de la cajita.

Aquella operación no había sido dolorosa.

En seguida los dos prisioneros fueron desatados y conducidos a una tienda, en donde había una especie de molino de mano.

—Trabajad —les dijo el indio que les había llevado allí—. Si antes de la noche no habéis terminado, no os daremos de comer.

Los dos desdichados se pusieron a trabajar, animándose el uno otro, bajo la vigilancia de una vieja, armada de una larga varilla.

Cuando se detenían para tomar aliento, la inexorable bruja acariciaba sus espaldas a varillazos, distribuidos con extraordinaria abundancia.

A la noche fueron conducidos de nuevo a su tienda sin ser atados, dándoles a comprender que nadie impediría que saliesen cuando quisiesen hacerlo.

—Padre, aprovechemos la ocasión para huir —dijo Carlos.

—No nos fiemos, hijo mío —contestó Tomás—. Por algo deben habernos hecho estas cortaduras.

—Probémoslo, padre.

—Bueno; esta noche lo intentaremos.

Echáronse en la paja y fingieron dormirse en espera de que los indios se retirasen a sus tiendas y roncasen. Hacia media noche probaron a salir. Ni un solo in-

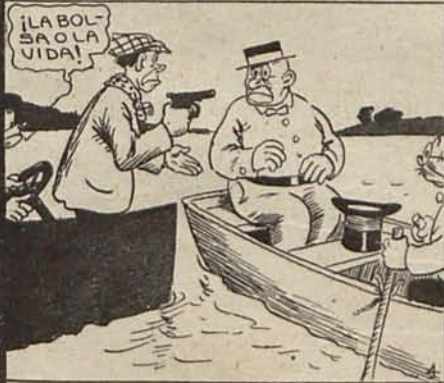


(Continuará en el número próximo.)



Copyright 1918, by Star Company. Great Britain Rights Reserved. Registered U. S. Patent Office.

DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO





EL TORPEDERO DE PRESA

Por **A. M. GIANELLA**

(Continuación.)

Los cinco deportados saltaron de las camas sin hacer ruido y se acercaron.

—¿Muertos? —preguntó uno señalando a los vigilantes.

—¡Oh, no! sólo están dormidos —contestó el número 2.117. Pero no se despertarán en mucho tiempo.

Acercóse a la puerta y escuchó: silencio.

—Perfectamente.

Volvióse atrás; descolgó la tosca linterna y la colocó encima de uno de los taburetes; puso el pie izquierdo encima de la rodilla derecha, y, apretando fuertemente con las dos manos la suela del zapato, sacó de entre las dos suelas una hoja de acero plana y afilada cual la hoja de una navaja.

Los cinco reclusos le observaban curiosamente.

—¿Qué es esto? —preguntó el primero de ellos.

—No lo ves; una lima —contestó el capitán, poniéndose en seguida a limar un anillo de la cadena.

—¡Oh! ¿Cómo llegó a sus manos?

—Me la dieron.

—¿Quién?

—Chitón; ahora es el momento de obrar, y no el de pedir explicaciones.

—Tenéis razón.

—Ya os lo contaré más tarde.

—Como queráis, capitán.

—¿Estáis dispuestos a seguirme?

—Siempre.

—Exijo obediencia ciega y absoluta.

—Obedeceremos.

Todo marchaba bien.

—Ahora os prohíbo que me interroguéis.

Todos callaron.

Durante unos minutos oyóse un leve rumor, semejante al ligero y rápido roce de una uña contra la superficie de una tabla; en seguida dos golpes secos y la cadena del número 2.117 cayó al suelo.

—Ya está —dijo el joven capitán, y entregando la lima al recluso más cercano, añadió:

—Pronto, corta...

Y mientras el otro trabajaba, se quitó sin titubear el traje de presidiario, e inclinándose sobre uno de los vigilantes, empezó a quitarle el revólver, el cinturón, el machete corto y fuerte y todo el traje, que se puso inmediatamente, enganchando el revólver en el cinto y echándose el gorro hasta encima de los ojos.

En breve quedó vestido; nadie habría dejado de tomarle por un guardián del presidio.

Volvióse hacia el compañero que tenía la lima.

—¿Cómo vamos? —preguntó

—Un solo golpe y ya está.

—Date prisa...

El pequeño y tenaz instrumento mordía; cortaba el hierro con la rapidez que una sierra corta la madera.

—Ya —exclamó de pronto el recluso, saltando la cadena.

—Muy bien; da la lima a otro.

Obedeció.

—¿Qué es lo que tengo que hacer ahora? —preguntó.

—Lo mismo que yo he hecho.

—¿Ponerme el uniforme de guardián?

—Sí; te voy a ayudar.

Pusieronse en seguida manos a la obra con ansia febril, trabajando nerviosamente, temblando si un leve rumor llegaba de fuera.

Al patio; en menos de un cuarto de hora los seis estaban sin cadenas y dispuestos a salir.

Entonces Rodolfo de Barenval cogió la llave de la puerta con una mano y manteniendo con la otra el revólver se dispuso a marchar; uno detrás de otro le seguían sus compañeros; el primero también con el traje del vigilante y con el revólver en la mano, otros dos con los machetes desenvainados de los dos guardias, y el último armado de un pedazo de madera arrancado de la cama.

El capitán llegó a la puerta, la abrió poco a poco, miró hacia afuera, escuchó: tranquilidad completa.

—Todo marcha a las mil maravillas.

Los seis salieron y se pusieron calladamente en marcha, uno detrás de otro, con el ojo avizor, aguzado el oído y el corazón palpitante.

El lugar estaba desierto; acá y acullá brillaban luces; pero no se veía guardia alguna.

Esta circunstancia, que a muchos parecerá increíble, no tiene nada de extraordinario.

Para evadirse con éxito de la isla de Nou hace falta tener cómplices ricos y libres, un barco pronto a acoger a los fugitivos y a sustraerse de los disparos de los cañones y de la persecución de los guardacostas que vigilan continuamente; además, es preciso tener la fortuna de poder escapar a los más peligrosos y numerosos aliados de la administración carcelaria: los tiburones; que, constituyendo verdaderas legiones, se encuentran en las cercanías de la isla. Intentar una fuga en condiciones diversas es una verdadera insensatez.

¿Por qué, pues, los seis reclusos se habían atrevido a meterse en una empresa casi imposible y que podía acarrearles los más terribles castigos si no obtenían éxito?

¿Tenían cómplices?

¿Qué golpe audaz iba a intentar el hombre que les guiaba?

Misterio.

Nadie se había dado cuenta aún de la fuga; marchaban como sombras, por la calle solitaria, agachados, vigilantes, bajo un cielo oscuro, cerrado y tenebroso.

De este modo llegaron al muro de cerca que señalaba el límite del presidio; los cinco deportados paráronse sobre-cogidos.

—¿Cómo lo haremos para escalarlo? —murmuró uno de ellos, midiendo con la vista la altura de la muralla.

Rodolfo de Barenval no contestó y siguió avanzando hasta el pie del muro, mientras los otros, envalentonados por su tranquilidad, se decidían a seguirle.

De pronto se detuvo.

—Aquí es... —dijo—. Adelante, subid uno detrás de otro.

—Pero, ¿cómo?...

—He dicho subid.

El primero se acercó sin replicar y palpo con las manos la superficie de la muralla; estaba calcinada, llena de hoquedades, con piedras salientes que podían servir de puntos de apoyo excelentes.

El revoque se había caído a trechos, junto con gran parte del mortero y de las piedras, a causa de la humedad, y la administración de la cárcel no había pensado en reparar el desperfecto.

El número 2.117, a quien nada escapaba, lo sabía.

—Recomiendo calma y destreza --murmuraba mientras ayudaba a sus compañeros.

En pocos minutos los seis hombres estuvieron en lo alto de la muralla, y agarrándose a su coronamiento dejáronse caer al otro lado en un terreno blando a causa de unas altas hierbas que allí crecían.

¡Por fin!

Hasta las tres, o sea al hacerse el relevo de la guardia de media noche, no se darían cuenta de su ausencia, a menos de que...

No, no, era mejor no pensar en nada y confiarse a la suerte, representada por aquel joven tan fuerte, tan tranquilo, tan dueño de sí.

—A la playa corriendo —dijo el capitán, lleno de ardor ante el primer éxito—. Amigos míos, os conduzco a una de las más atrevidas y fabulosas empresas, que si logra el éxito nos hará dueño del mar. ¿Hay alguien que tenga miedo o dude de sí mismo?

—No.

—Gracias; así lo esperaba. Seguidme.

Rodolfo de Barenval emprendió la marcha atrevidamente; los cinco, fascinados por su segura y confiada energía, le siguieron.

III

Juramento.—Expedición misteriosa.—El bote y el centinela. Tataré-taitená.—Hacia Numea.—Propósitos. ¡Eh, los del torpedero!...—Asalto por sorpresa.—En ruta.—Una extraña comisión.

Las calles estaban desiertas y silenciosas.

Lo fugitivos internáronse en un bosque de tamarindos que rodeaba aquella parte de la isla, bajaron a las dunas y de allí llegaron a la escollera.

Allí detuviéronse todos.

—¡Capitán! —exclamó uno de los galeotes, apoyando el machete contra una roca y sirviéndose de él como de un bastón.

—¿Qué?

—Creo que ya hemos logrado lo más.

Rodolfo de Barenval sonrióse.

—Querrás decir lo menos, amigo mío —contestó friamente.

Un estremecimiento de angustia recorrió a los cinco hombres.

El joven capitán lo advirtió y arrugó el entrecejo y apretó los puños.

—El que tenga miedo que se vuelva atrás y denuncie a sus compañeros —dijo lentamente, con los dientes apretados—. Yo me quedo.

Y se cruzó altivamente de brazos.

Aquella tranquilidad tan constante e indestructible reanimó a los más tímidos.

—No, no, perdonadnos —oyóse murmurar—; estamos dispuestos a seguirlos.

—Jurádmelo.

—Lo juramos.

—Poneos en guardia, porque desde este momento adquiero un derecho sobre cada uno de vosotros.

—... Explicaos.

—Sí; tengo el derecho de matar como a un perro al primero que vacile...

El mar, blanco de espuma entre los escollos oscuros y abruptos, rugía con un ritmo igual, ora elevándose, ora bajando y perdiéndose en murmullos imperceptibles.

El cielo, bajo, muy bajo, y negro, muy negro, conservaba el aspecto precursor del estallido inmediato y violento de la cólera.

Los cinco secuaces del número 2.117 consultáronse brevemente y se decidieron:

—Pase lo que pase —contestó uno de ellos en nombre de todos— os juramos obediencia ciega, aunque tengamos que jugarlos el pellejo.

—Está bien.

—¿Estáis satisfecho, capitán?

Rodolfo de Barenval no contestó. Escudriñó la oscuridad, escuchó y tomó una deliberación.

—Esperadme aquí, bien escondidos en la escollera y no os mováis más que en caso de extremo peligro o cuando oigáis tres veces seguidas el canto del *tataré-taitená* (1). Vuelvo en seguida...

—¿Adónde vais?

El número 2.117, que ya había emprendido la marcha, se detuvo y miró al imprudente con ojos tan desdeñosos y terribles, que el desgraciado se encogió inclinando la cabeza humillado.

El otro alejóse rápido y ligero y desapareció en las tinieblas.

Los cinco se agacharon, uno junto al otro, inclinados y encogidos; cualquiera que hubiese pasado por allí no habría podido descubrirlos. Tan astuto y prudente se vuelve el condenado por amor a la libertad.

Mientras los demás esperaban, Rodolfo de Barenval, poniendo el revólver en el estuche colgado del cinturón, iba a la descubierta, costeano el mar, echando de vez en cuando miradas llenas de sospechas a su alrededor.

Después de un cuarto de hora de buena marcha, empezó a ver brillar algunas luces, que temblaban reflejándose y danzando en el agua.

Entonces adoptó un andar más natural, canturreando a media voz una canción popular que no se apartaba de los labios de los franceses de la isla.

Encontrábase en el muelle de Nou, oscuro y desierto; junto a él mecíanse ligeramente los largos y sólidos botes de diez y doce remos que servían para comunicar con Numea.

Tranquilo en apariencia, pero con el corazón palpitante, como podréis figuraros, cogió la cuerda del primer bote, la desató del anillo de hierro, tiró poco a poco de la cuerda y, cuando el bote estuvo bien cerca de la orilla, saltó dentro.

Crujió una tabla.

—¡Cállate, maldita!... —murmuró el joven, asustado por aquel ruido que la fantasía aumentaba.

A corta distancia resonaron unos pasos que se detuvieron junto al bote.

Era un soldado de la guardia.

—¿Quién va? —gritó.

—Amigos —contestó con tranquila prontitud Barenval, colocando los remos.

—¿Quién sois?

—¡Estáis ciegos!... No veis que soy un vigilante...

El soldado, al oír aquellas palabras, apoyó el fusil en el suelo, dando un golpe seco en las piedras, dió unas cuantas chupadas al cigarro medio apagado que se había quitado de la boca y encendió un fósforo.

La pequeña y breve lucecita iluminó el bote y al hombre que estaba dentro, ocupado en colocar el timón.

Al acercar la luz al cigarro el soldado miró hacia allí y

(Continuará en el número próximo.)

(1) Pájaro cantor que se encuentra en las islas de la Polinesia, en las que deja oír un armonioso gorjeo.

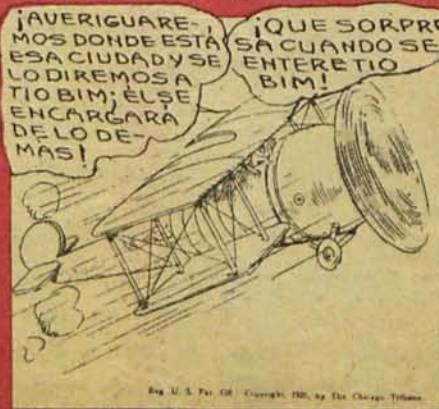
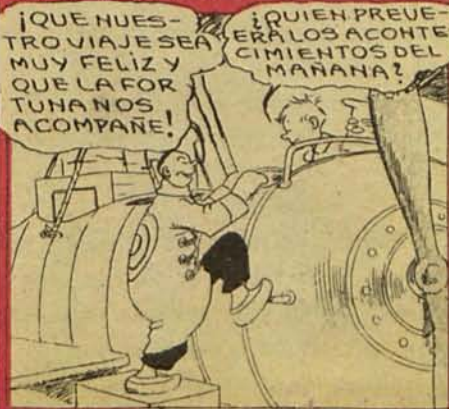


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





POLITO EN LA CIUDAD DE ORO



CUENTOS DE CALLEJA

LA CABBITA ROJA

Castillo

TRES muchachos se extraviaron en el interior de un espeso bosque próximo a su aldea, y en el cual era fama que había una cabrita roja que devoraba a los pequeñuelos.

Los niños trataron de buscar salida; pero como estaban desorientados, resultó que en vez de salir se iban internando más y más en el bosque.

Por fin, rendidos de cansancio y desaliento, se detuvieron y rompieron a llorar desconsoladamente.

Acurrucaditos los tres chiecos junto al tronco de un árbol lloraban su desdicha cuando un ruido les llenó de sobresalto.

Se oyó un balido, y por entre los árboles apareció la borrosa silueta de una cabra.

Su aparición dejó paralizados a los arripiezos.

Era la célebre cabrita roja. No cabía duda. Sus ojos despedían un fulgor extraño; su piel, roja como la escarlata, estaba cubierta de largo y sedoso pelo, que caía en ondas, de un brillo deslumbrador.

Por un momento creyeron los muchachos que podrían escapar sin ser vistos; pero la luminosa mirada del animal los descubrió.

—Sois míos —les dijo, después de balar de un modo siniestro—. Ya sabéis que yo devoro a los niños que se atreven a penetrar en mi bosque.

Los muchachos no pudieron articular palabra.

—Levantaos y seguidme —añadió; y los desdichados, muy pegaditos uno junto a otro, la siguieron silenciosos.

El animalejo volvía de vez en cuando la cabeza para cerciorarse de que le seguían.

Llegaron a una choza, cuya puerta estaba cerrada. La cabra baló de un modo extraño, y la puerta se franqueó inmediatamente sin ruido alguno.

De pronto, la cabrita dió un bote y aplicó un soberbio topetazo contra el suelo. La choza se estremeció y empezó a oscilar, como si bailara una danza de compás extraño; la tierra se abrió y dejó ver la espaciosa escalera de un soberbio palacio subterráneo.

—Pasad —dijo la cabrita; y los niños bajaron aquellos alfombrados escalones, penetrando en unas magníficas cámaras, donde resonaban mil encantadoras armonías de dulces voces y de sonoros instrumentos.

Numerosa corte de bellas damas y hermosos pajes salieron al encuentro de la cabrita, prodigándola toda clase de agasajos. Cuatro caballeros, lujosamente vestidos, llevaban un manto real, con el cual cubrieron al raro animalejo.

Por fin, después de recorrer gran número de habitaciones, penetró la comitiva en un cuarto de rojas paredes y de rojos muebles y rojas luces. Allí se sentía algo como el vaho tibio de la sangre; pero de una sangre fosforescente, que despedía vivos centelleos en el mármol de las paredes y en el bruñido de los adornos.

El efecto, con ser hermoso, causaba en el ánimo una penosa impresión, porque, más que en una cámara regia, creía uno estar en un degolladero. Aquello era sangre, o por lo menos lo parecía. El mismo pavimento ofrecía rojizos destellos, que formaban la ilusión de que se andaba sobre charcos de sangre.

De pronto se encendieron las luces y... ¡horror! Los candelabros eran esqueletos de niños, que despedían una claridad siniestra por el hueco de los ojos y la boca.

—Mirad —dijo la cabrita volviéndose hacia los niños—; me faltaban tres candelabros y ya los tengo; vosotros completaréis el adorno de mi sala roja, que causará la admiración de cuantos la contemplen.

Y su alegría se tradujo en un balido estentóreo, que dejó suspensos a todos.





Dos niños quedaron medio desvanecidos de miedo.

A una señal del portentoso animal apareció un hombre de enmarañada barba y espesa cabellera negra, blandiendo un enorme sable.

Los niños se desmayaron, creyendo llegado su último momento.

¿Qué pasó? No lo sabemos.

* * *

Por el pueblo había corrido la voz de que los tres niños de nuestro cuento perecieron por obra de la enigmática cabrita roja. Los padres de los desgraciados pequeñuelos recorrieron el bosque llenos de desesperación, buscando a los hijos de su corazón. En vano recorrieron la selva en todas direcciones. No se halló el menor rastro de los desaparecidos.

Como era lógico, el suceso dió mucho que hablar. Las autoridades avisaron en todas direcciones para que se buscara a los extraviados; pero todas las gestiones resultaron inútiles, y los pobres padres lloraron su amargura sin encontrar consuelo a su dolor.

Así las cosas, los compañeros de los tres pequeñuelos dieron tregua a los juegos y se reunieron una tarde al pie de un árbol, convocados y presididos por sus jefes. Se trataba de un proyecto importante. El jefe lo formuló de este modo:

—¡Compañeros! Andrés, Luis y Paquito han desaparecido. Estamos en el deber de buscarlos, y si preciso fuera, matar a pedradas a esa endiablada cabrita que está en el bosque.

Todos dijeron que sí, y se acordó que aquella noche, en vez de jugar, como de costumbre, saldrían formados como militares a recorrer el bosque en busca de la cabrita.

A las ocho acudieron todos menos tres, porque uno tuvo miedo y los otros dos no pudieron salir de sus casas. Todos iban armados: quién con una honda, quién con un palo, éste con el mango de una escoba, aquél con un látigo. Sólo uno, el jefe, que era el mayor de todos (tendría unos catorce años), no llevaba arma alguna.



La tropa se puso en marcha silenciosamente; por atajos y veredas llegó al bosque; en cuyo centro se encontró poco después de las nueve.

Si hemos de decir la verdad, la mayor parte de los pequeños, la *clase de Primer grado*, hubiera dado cualquier cosa por no meterse en aquella tan peligrosa aventura. Sólo les sostenía el valor del jefe, que avanzaba con firmeza y sin miedo alguno entre los pinos, buscando con afanosa mirada a la terrible cabrita.

Se oyeron las diez en el reloj del pueblo, cuando un balido paralizó a la turba, que quedó sin saber qué hacerse. Todos se detuvieron sobresaltados y anhelantes. Uno se echó a llorar amargamente llamando a su madre. Los demás no pudieron ni articular palabra.

—¡Buena pesca! —dijo la cabrita aproximándose al grupo—. ¡Y lleváis armas! —añadió—. ¿No sabéis que a mí no me hieren los puñales más afilados ni las balas de las pistolas?

De repente avanzó el jefe de aquella tropa menuda. La agarró por un cuerno, y colocándole la cruz de un rosario en los ojos, exclamó:

—Pero no has contado con esto, que es más poderoso que todas las armas conocidas. En nombre de Dios te conjuro a que nos devuelvas nuestros amigos.

El animal se encabritó, forcejeó cuanto pudo, cerró los ojos para no ver el símbolo de nuestra Redención; pero todos sus esfuerzos fueron vanos. Sonó un ruido semejante al de un cañonazo y el animal se deshizo en pavesas. En el lugar en que estalló se abrió la tierra y apareció el encantado palacio, de donde salieron muchos niños, entre ellos Andrés, Paquito y Luis. Una hermosísima mujer, cubierta con manto real y rodeada de brillante comitiva, les seguía. Avanzó hacia el héroe, y la Reina le dijo después de acariciarle:

—Has salvado a toda mi corte y a esos niños de las garras de Satanás, que había tomado la forma de cabra para atraer y devorar a los pequeñuelos. Nunca abandones tu fe en Dios, y con la ayuda del rosario tendrás un talismán precioso, que te salvará de las desdichas de la vida.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Hoy quiero que me hables de los pulpos. Pero no de esos pulpos pequeños que todos conocemos. Esos no me causan interés.

—¿De cuáles, pues, he de hablarte?
—De los pulpos gigantes. De esos monstruos que habitan en los grandes océanos y que son el espanto de las embarcaciones pequeñas.

—Así es, amigo Chonón. ¿Cómo te has enterado de la fiera de estos animales marinos? Porque supongo que tú no habrás tenido la mala fortuna de habértelas cara a cara con uno de ellos.

—Ni quiera Dios que ocurra semejante encuentro. Es para morir-se del susto. Me he enterado de la ferocidad de estos animales por una interesante narración de Salgari que he leído en PINOCHO. Hay un espeluznante episodio en que un pulpo gigantesco arremete contra un vaporcito de pesca, y sacando del agua uno de sus enormes tentáculos, rompe el mástil de la embarcación.

—Menos mal que no le dió por hundirla bajo las aguas con tripulación y todo.

—¿Pero sería esto posible?

—Tan posible que ya ha ocurrido otras veces.

—Cuéntame, pues, lo que sepas del pulpo. Estoy intrigadísimo, mi sabio buho.

—El pulpo pertenece a la variedad de animales marinos llamados octópodos. Este nombre está explicado por la circunstancia de que tienen ocho largos pies o tentáculos. Sin embargo, entre las especies gigantes las hay que tienen diez extremidades y hasta doce.

—¿Hay en España pulpos de esta especie gigantesca?

—Ni en España ni en ningún país de Europa bañado por el mar existe el peligro de que aparezca uno de estos monstruos.

—Me tranquiliza tu afirmación categórica, porque ya sabes que para mí constituye una delicia el bañarme en el mar, y sería muy alarmante pensar que pudiese aparecérsese semejante animalucho.

—De todas formas no podría acercarse a la playa, porque su enorme tamaño lo dejaría al descubierto muchos metros antes de llegar a la lengua del agua. Ocurriría lo mismo si una ballena pretendiese acercarse a la playa. Su volumen y su peso la dejarían varada en la playa, y una vez que le faltase el agua, que es su elemento, se convertiría en una inofensiva masa de carne.

—¿Pero tan grandes son los pulpos?

—Los hay cuyo cuerpo tiene una longitud de siete u ocho metros y sus tentáculos alcanzan hasta quince metros. Es decir, que uno de estos pulpos, puesto de pie, es más alto que una casa de cinco pisos. Comprenderás que, dado este descomunal tamaño, no intentan siquiera acercarse por aquellos sitios cuya profundidad no es adecuada a sus necesidades vitales.

—¿Dónde habitan estos gigantes?

—En el Océano Pacífico y en el Indico. Son monstruos que buscan las grandes profundidades. Necesitan vivir en aguas de la zona templada, no sólo por su constitución orgánica, sino porque en esta zona es donde más abunda la fauna marina y donde, por lo tanto, encuentran mayor abundancia de pescado para hacer frente a las necesidades de su estómago.

—Y es de suponer que si su hambre corre parejas con su volumen, necesitarán una enorme cantidad de alimento, ¿no te parece?

—Son voracísimos y comen de todo lo que se les pone por delante. Atacan a los más monstruosos habitantes del mar y a ninguno temen. Luchan con tiburones, ballenas y cachalotes.

—¿Y ganan siempre en la lucha?

—Algunas veces, no; y entonces tienen que pasar por el duro trance de ser devorados por sus adversarios.

—¿De qué armas naturales dispone el pulpo para atacar y defenderse?

—De sus terribles tentáculos. Estos se hallan rodeados de ventosas y terminan en unas garras o garfios semejantes a las uñas de un tigre. El pulpo acecha oculto entre las rocas, y cuando ve a su presa, se abalanza sobre ella alargando sus patas, las cuales clava en la carne de su víctima, mientras con sus ventosas la sujeta fuertemente para inutilizarle todo movimiento. Estas ventosas se adhieren con tanta fuerza, que para hacerlas desprender de la presa que tienen asida es preciso cortarlas, una por una, con un fuerte cuchillo.

—Entonces el animal que venza al pulpo será de unas fuerzas poderosísimas.

—A veces ya sabes que la astucia vence a la fuerza, y si el adversario tiene la suerte de poder atacar a la cabeza del pulpo, éste cae muerto sin poder utilizar la potente defensa de sus patas. Cuando el pulpo se da cuenta de que lleva las de perder, lanza al agua el contenido de una bolsa que lleva llena de tinta y, aprovechando la turbia que esto produce, huye del lugar de la lucha.

—Me has dicho al principio de tu charla que ha ocurrido algunas veces el naufragio de una embarcación atacada por un pulpo.

—Así ha ocurrido, querido Chonón. En cierta ocasión, encontrándose tres marinos sobre una pequeña lancha reparando el casco de un buque que se hallaba en alta mar, surgió de las aguas el tentáculo de uno de estos monstruos, se enroscó en la lancha, antes de que los hombres pudieran defenderse, desaparecieron con la embarcación bajo las aguas.

—Es horrible.

—¿Quieres saber más?

—Ya lo creo. Yo no me canso de escucharte.

—Ya lo sé; pero es ya muy tarde. Hay que dejarlo para otro día.

—Qué se le va a hacer. Lo dejaremos.

Cuarto Gran Sorteo de Regalos para todos los Pinochistas

En otro lugar de este número se publican las condiciones del sorteo y la plantilla para pegar los cupones



PINOCHO

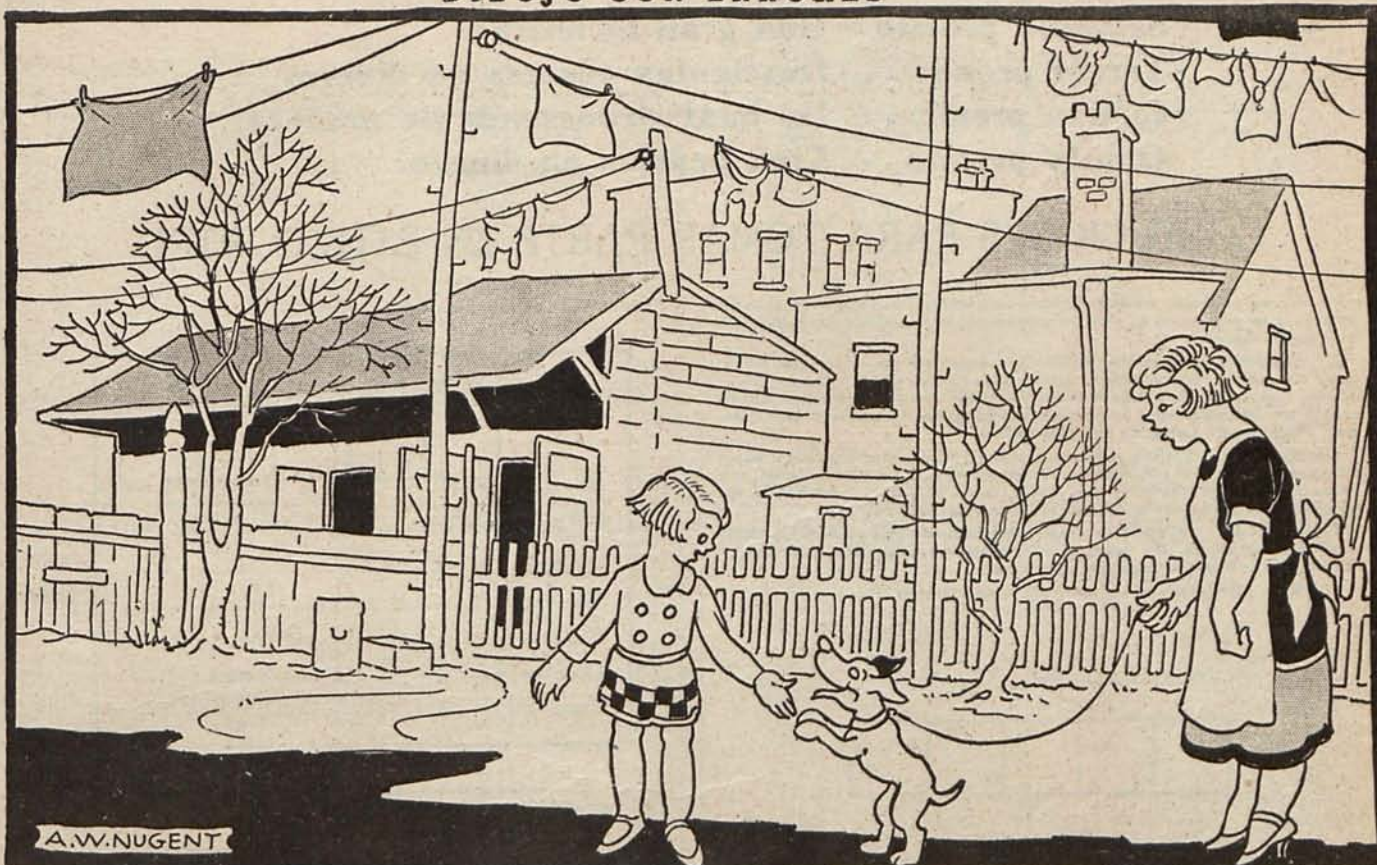
SORTEO DE REGALOS
DE NAVIDAD DE 1927

CUPÓN N.º **16**

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE SEPTIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

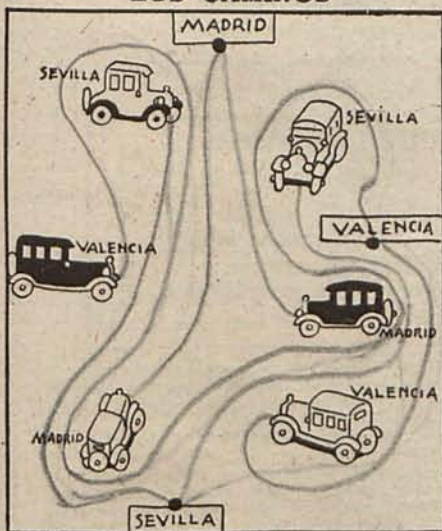
DIBUJO CON ERRORES



A.W.NUGENT

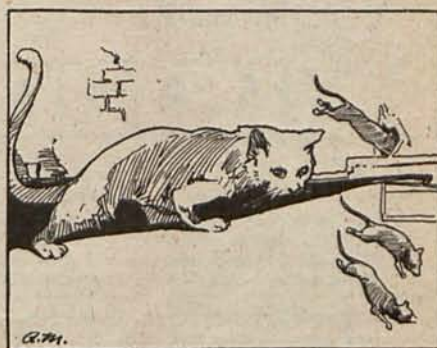
Seis son los errores que hay en el presente dibujo, pero vosotros sólo tenéis que buscar cinco, pues uno de ellos, por ejemplo, es que el poste que hay a la izquierda tiene uno de los ganchos para apoyar los pies, el tercero empezando por abajo, boca abajo, y esto está mal, pues es muy expuesto para el que suba a tender la ropa. ¿Cuáles son los restantes?

LOS CAMINOS



He aquí tres ciudades: Madrid, Valencia y Sevilla, y seis «autos» que se dirigen a estas ciudades, dos a cada una, como podéis ver por los rótulos. Los chófers de estos coches están desorientados porque a causa de una gran nevada se han borrado las carreteras. Se trata, por tanto, de que vosotros tracéis los caminos de forma que no se toquen ni se crucen. Estos caminos partirán: dos de Madrid, dos de Valencia y dos de Sevilla, conduciendo cada uno su «auto».

PLAGA DE RATONES



Pues señor: había una vez en un pueblo tal cantidad de ratones, que éstos constituían una plaga. No se podía ni dormir, pues los traviesos roedores saltaban por encima de las camas y daban a los vecinos sustos mayúsculos. Las cosas llegaron a tales extremos, que el alcalde del pueblo mandó fijar en las esquinas unos bandos en los que se prometía un gran premio al que más animalitos de esta clase matara. Este premio se lo ganó un labrador cuyos gatos mataron 1.111.111. ¡Ahí es nada, un millón ciento once mil ciento once ratones! Y ahora yo os pregunto: ¿Cuántos gatos necesitó dicho labrador para la caza y cuántos ratones correspondieron a cada gato? Sólo os diré que cada gato cazó más ratones que gatos había.

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES 136
DE SETIEMBRE

Envío del Pinochista D.

GRAN SORTEO DE NAVIDAD DE 1927 PARA TODOS LOS PINOCHISTAS

- Primer premio...** Un «auto» Citroen.
Segundo premio. Una gran bicicleta.
Tercer premio... Doscientas pesetas en dinero.
Cuarto premio .. Un baúl «trousseau» de muñeca.
Quinto premio .. Cien pesetas en dinero.

CONDICIONES PARA TOMAR PARTE EN ESTE SORTEO

1.ª Hemos publicado dieciséis cupones para este sorteo. Estos cupones se recortarán y se pegarán en su sitio correspondiente en la *plantilla* que publicamos en la página siguiente.

2.ª También se puede mandar la *plantilla* aunque no se conserven todos los cupones o aunque se tenga solamente algunos. En este caso se enviará la *plantilla* y, además, tantos sellos de a *real* (veinticinco céntimos) como cupones falten. **Estos sellos no deben nunca pegarse a la *plantilla*. Los sellos que vengán pegados no tendrán ningún valor.**

Ejemplos: Tienes dieciséis cupones; pues los pegas a la *plantilla* y la envías sin añadir ningún dinero en sellos. Tienes diez cupones; pues los pegas y añades seis reales en sellos para sustituir los seis cupones que te faltan. No tienes ningún cupón; pues tendrás que enviar dieciséis reales en sellos con la *plantilla*.

Cuando con la *plantilla* venga dinero en sellos es NECESARIO certificar la carta. No será válida ninguna *plantilla* que traiga dinero en sellos y venga sin certificar.

3.ª En la *plantilla* hay un espacio de cinco casillas como éste

NÚMERO ELEGIDO

| | | | | |
|--|--|--|--|--|
| | | | | |
|--|--|--|--|--|

en el cual debe escribirse un número de los que entran en el sorteo de la lotería de Navidad, o sea del 1 al 60.000. Cada cifra se escribirá claramente en una casilla. Así, por ejemplo, si se elige el número 59.863 se escribirá así:

NÚMERO ELEGIDO

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| 5 | 9 | 8 | 6 | 3 |
|---|---|---|---|---|

4.ª Se escribirá también, en el sitio reservado para ello en la *plantilla*, el nombre y dirección completa del Pinochista remitente.

5.ª Una vez hecho todo esto, se meterá en un sobre la *plantilla* y se escribirá en el sobre, con letra clara, la dirección en esta forma:

A Pinocho
(Para el Sorteo de regalos)
Madrid
Apartado 447

En la otra cara del sobre se escribirá lo siguiente:

NÚMERO ELEGIDO

| | | | | |
|--|--|--|--|--|
| | | | | |
|--|--|--|--|--|

REMITENTE

Apellidos

Nombre

Población

Calle, núm.

Provincia

De modo que el sobre deberá quedar en esta forma:
 Por el anverso (o derecho), así:

A Pinocho
(Para el Sorteo de regalos)
Madrid
Apartado 447

y por el reverso (dorso o revés), así (por ejemplo):

Número elegido

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| 0 | 2 | 7 | 4 | 4 |
|---|---|---|---|---|

Remitente

Apellidos = Gómez de la Torre

Nombre = Clodomiro

Población = La Higuera

Calle = del Casino = n.º 7

Provincia = Sevilla

6.ª Entrarán en sorteo todas las *plantillas* que recibamos completas (es decir, con dieciséis cupones o con un real en sellos por cada cupón que falte) antes del 10 de diciembre de 1927. Las que por cualquier causa lleguen después del 10 de diciembre no entrarán en sorteo aunque sean de América.

7.ª Tampoco entrarán en sorteo las *plantillas* que recibamos sin ajustarse estrictamente a estas condiciones.

8.ª Cada Pinochista puede enviar tantas *plantillas* como quiera, poniendo en cada una un número diferente; pero todas han de venir con los cupones o, en su defecto, con el importe correspondiente a razón de veinticinco céntimos en sellos por cada cupón.

9.ª Los premios serán, respectivamente, para aquellos que hayan elegido los números más aproximados a los de los premios primero al quinto, ambos inclusive, del sorteo de la Lotería Nacional del 22 de diciembre de 1927.

10 El tomar parte en este sorteo implica la aceptación de todas sus condiciones y la sumisión a la autoridad única e inapelable de PINOCHO para cualquier caso de duda, discrepancia o imprevisto, así como la renuncia a toda clase de reclamaciones por cualquier concepto.

PLANTILLA remitida por

NÚMERO ELEGIDO

D.

Población

Calle núm.

Provincia

| | | | | |
|---|--|--|--|--|
| | | | | |
| Debe recibirse antes del día 10 de diciembre de 1927. | | | | |

| | | | |
|------------------|------------------|------------------|------------------|
| Aquí se pega el | Aquí se pega el | Aquí se pega el | Aquí se pega el |
| Cupón número 1. | Cupón número 2. | Cupón número 3. | Cupón número 4. |
| Aquí se pega el | Aquí se pega el | Aquí se pega el | Aquí se pega el |
| Cupón número 5. | Cupón número 6. | Cupón número 7. | Cupón número 8. |
| Aquí se pega el | Aquí se pega el | Aquí se pega el | Aquí se pega el |
| Cupón número 9. | Cupón número 10. | Cupón número 11. | Cupón número 12. |
| Aquí se pega el | Aquí se pega el | Aquí se pega el | Aquí se pega el |
| Cupón número 13. | Cupón número 14. | Cupón número 15. | Cupón número 16. |

Sección PIRULA

PIRULA DECO- RADORA



Con algas marinas.—Me dirijo hoy principalmente a mis Pirulindas que se hallan veraneando en alguna playa en la cual puedan encontrar esas lindas plantas marinas que se llaman algas. Y también a las que tienen parientes o amigos que veranean en una playa y a quienes pueden pedir que les traigan unas cuantas algas como recuerdo de veraneo... económico, si los hay.

Estas plantas nos servirán luego para adornar las habitaciones ni más ni menos que las otras, las que crecen al aire libre; ahora que unas se colocan dentro de los floreros, mientras que las otras se disponen... encima de los mismos.

El procedimiento para utilizar las algas como elemento decorativo es sencillísimo, como ahora vais a ver. Puesto que todavía estamos veraneando, nuestra misión se limitará de momento a elegir entre las algas que el mar arroja sobre la arena las más finas, las de más complicados dibujos, las de más delicados y recortados contornos.

En seguida las pondremos a secar a la sombra, a fin de que mengüe su volumen y ocupen poco sitio en el equipaje, condición probablemente indispensable para que mamá consienta en llevárselas.

Las algas secas se encierran en una caja, en la cual se conservarán el tiempo que queramos. Ya estamos de vuelta del veraneo; ya han transcurrido las primeras semanas (como véis, adelanto el tiempo a voluntad; es un don que poseemos nosotros los escritores..., aunque seamos de cartón).

Domingo lluvioso, de esos que le quitan a una las ganas de salir, ni aun para ir al cine o al teatro; por el mismo motivo, no es probable que vengan a visitarnos amiguitas. ¿Qué hacer en casa? Este es un día indicadísimo para entretenernos utilizando nuestras algas, decorando con ellas diversos objetos.

Ahora, que conviene prever desde el sábado este domingo de lluvia, casero y solitario, porque la preparación de las algas exige, si bien un trabajo casi nulo, bastantes horas de anticipación.

Empezamos, pues, el sábado por la tarde. Sacamos las algas secas que queramos utilizar de la caja y las ponemos en remojo en un cacharro con agua ligeramente jabonosa. A las pocas horas, las algas recobran su forma, su color y su flexibilidad primitivos; se frotan en tonces suavemente entre los dedos para quitarles la arena que pudo quedarles adherida y se aclaran, sumergiéndolas en agua clara, en la cual permanecerán unas doce horas. ¡Y hasta el día siguiente!

Ya estamos en domingo y ya tenemos nuestras algas perfectamente preparadas.

La labor de preparación ha

de llevarse a cabo en el agua; para ello llenamos con agua un recipiente bastante grande, para que el objeto a decorar quepa enteramente en él. Este objeto ha de tener una superficie lisa; conviene elegirlo de cristal o de porcelana.

El alga, húmeda, se pega sobre la superficie lisa; para que quede perfectamente adherida: basta con extender las membranas con un pincel. Durante esta operación, el objeto permanece dentro del agua y se le va dando vueltas, exponiendo alternativamente al aire las partes que se van decorando.

Luego se saca del agua el objeto ya decorado, y para fijar definitivamente las algas, se extiende sobre ello, con un pincel muy suave, una capa ligera de goma arábiga, líquida y transparente. ¡Y nada más!

PIRULA COCINERA

Receta de septiembre: Ostras en conchas.—Ya se pueden comer ostras, pues, como todas sabéis, las ostras son peligrosas durante los meses sin R, es decir, los cuatro meses de calor: mayo, junio, julio y agosto, y solamente pueden comerse desde septiembre, que inicia la serie de los ocho meses con R. A propósito de esto, no imitemos a aquella niña que adoraba las ostras, y como su mamá le había dicho que no las comería hasta que llegasen los meses con R, un día en que la preguntaban: «Fulanita, ¿en qué mes estamos?», contestó: «Estamos en *jurnio*.» Claro que no basta con que sea un mes con R para poder comer ostras sin que perjudiquen. Hay que cerciorarse de que el animal está vivo, y esto queda demostrado si las valvas cierran herméticamente; cuando están entreabiertas o pueden abrirse fácilmente,

es señal de que la ostra está muerta y su absorción puede ser dañina. Como por escrúpulo puede no gustaros las ostras vivas, os voy a indicar una receta admirable y poco conocida para comer las ostras cocidas.

Se abren las valvas, se separan de ellas las ostras y se ponen a cocer en una cacerola con el agua que tienen ellas mismas. Cuando han hervido unos dos o tres minutos, se retiran de la lumbre. En otra cacerola se echa un pedazo de mantequilla, unas setas cuidadosamente mondadas y un poco de perejil picado; se deja un momento en la lumbre y se le añade una cucharada de harina; se agita todo ello y se echa un vasito de vino blanco y una cucharada grande de agua o de caldo.

Después de echarle sal y pimienta, se deja hervir esta salsa durante media hora.

Si resulta demasiado espesa, se la aclara; si está clara, se le añade un pedacito de mantequilla, del tamaño de una nuez, mezclado con un poco de harina. Terminada esta salsa, se echan en ella las ostras.

Luego se cogen conchas grandes —en último caso

también pueden servir las mismas valvas de las ostras—, se lavan y se colocan en cada una de ellas varias o 'ras con un poco de salsa; se espolvorean con pan rallado frito, se riegan con mantequilla derretida y se meten en el horno caliente, durante unos minutos.

Y se consigue así un manjar tan fino y tan succulento, que vale su peso en oro.

